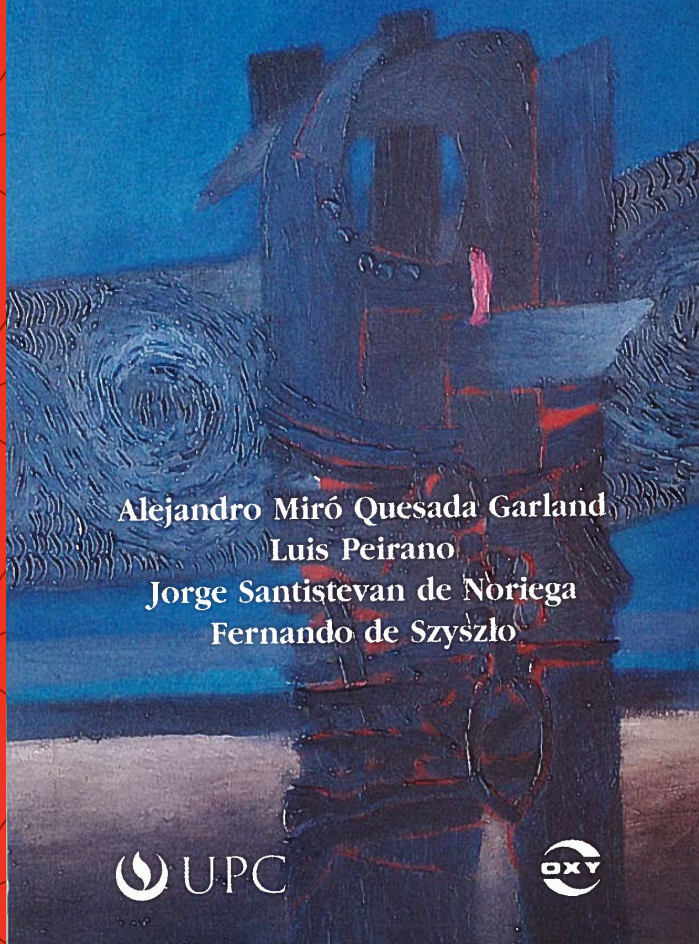




H O M E N A J E
A
Ricardo Blume



Alejandro Miró Quesada Garland
Luis Peirano
Jorge Santistevan de Noriega
Fernando de Szyszlo



EDITORIAL UPC



H O M E N A J E

A

Ricardo Blume

Alejandro Miró Quesada Garland

Luis Peirano

Jorge Santistevan de Noriega

Fernando de Szyszlo

© Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
Primera publicación: enero de 1997

Carátula: Fernando de Szyszlo
Edición: Úrsula Freundt-Thurne
Mónica Jacobs
Fotografía: Gastón Bermejo Tafur
Diseño de carátula
Y diagramación: Judith Kahn

Versión ebook: marzo de 2018

**Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas
Centro de Información**

Miró Quesada Garland, Alejandro, *et al.*
Homenaje a Ricardo Blume / Alejandro Miró Quesada Garland;
Luis Peirano; Jorge Santiestevan de Noriega; Fernando de Szyszlo.
Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), 1997.

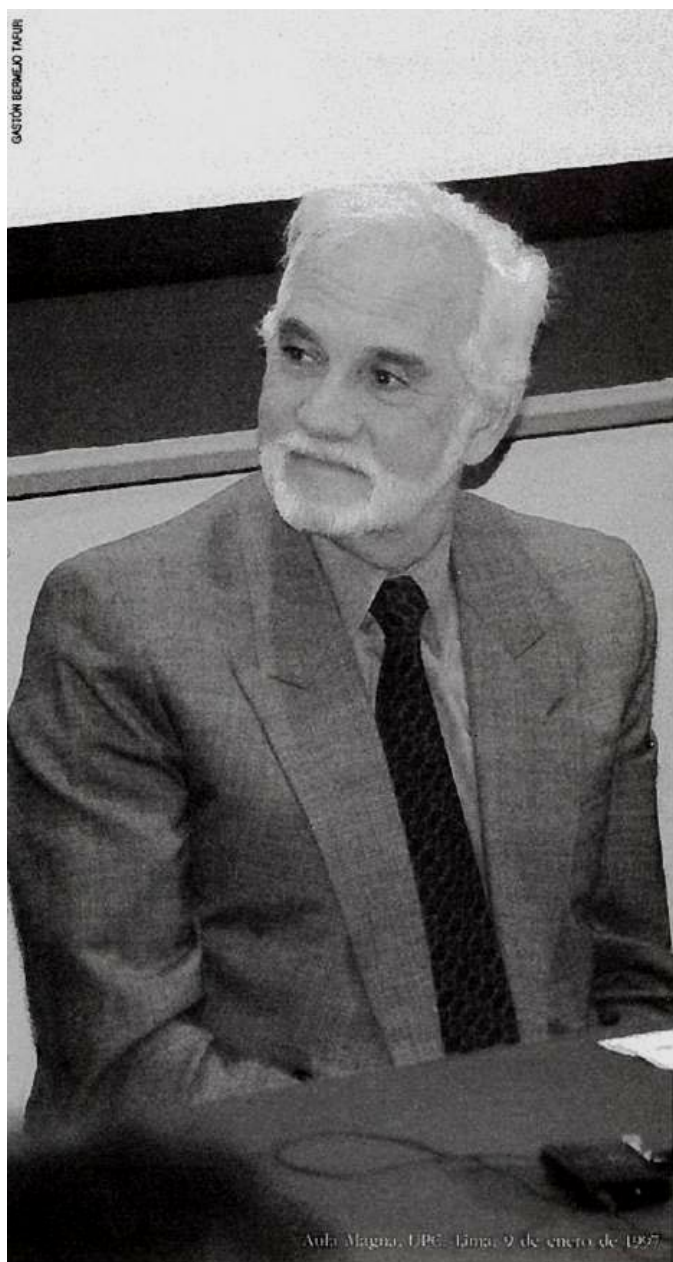
ISBN (versión impresa): 978-9972-676-00-0
ISBN (versión PDF): 978-612-318-190-1
ISBN (versión EPUB): 978-612-318-132-1

BIOGRAFÍAS / TEATRO / PERIODISMO
920.085 (Dewey)

doi: <http://dx.doi.org/10.19083/978-612-318-132-1>
Esta publicación es de acceso libre a través de la web:
<http://repositorioacademico.upc.edu.pe>

*La publicación de este
Homenaje a Ricardo Blume
ha sido posible gracias al auspicio
de Occidental Peruana, Inc. (OXY).
La Universidad Peruana de
Ciencias Aplicadas (UPC)
testimonia su reconocimiento especial
al presidente de dicha empresa,
don Carlos Delius*

*Paraca.
Acrílico de Fernando de Szyszlo
La Universidad Peruana de
Ciencias Aplicadas (UPC)
Agradece a Fernando de Szyszlo
La cesión de su cuadro
Reproducido en la carátula.*



Aula Magna, UBC. Lima, 9 de enero de 1997.

Homenaje a Ricardo Blume

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
Lima, 9 de enero de 1997

Luis Bustamante Belaunde

Cuando en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas nos enteramos de la visita breve de Ricardo Blume al Perú, fuimos muchos los que pensamos que ésta era una oportunidad que no podía pasar desapercibida. Era una ocasión para cumplir con un deber que, probablemente por elemental, estaba pendiente.

Si una universidad es parte e intérprete de la conciencia nacional, queremos en esta Casa sentirnos honrados cumpliendo ese papel con un peruano tan distinguido como Ricardo Blume. Al fin y al cabo, como me cupo expresárselo cuando comuniqué a Ricardo nuestras intenciones, y como una forma de aplacar sus resistencias, ésta sería una de esas ocasiones donde el homenaje distinguía más a quien lo tributaba que a quien lo recibía.

La UPC se siente, pues, muy honrada con este homenaje. Y con la invalorable compañía —a la que Ricardo quizás prefiera llamar complicidad— de las personalidades que hoy nos acompañan, como Luis Peirano, Alejandro Miró Quesada Garland, Fernando de Szyszlo y Jorge Santistevan de Noriega. A ellos les hemos pedido que, respectivamente,

nos ayuden a relevar la trayectoria de Ricardo en el teatro, el periodismo, el trabajo intelectual y la afirmación de los valores nacionales y ciudadanos de nuestro homenajeado. A este acto quiso asociarse la Occidental Peruana, Inc. (OXY), gracias a la sensibilidad de su presidente, don Carlos Delius. A cada uno de ellos, en nombre de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, quiero expresarles el más grande reconocimiento institucional.

Como anfitrión de tan ilustres invitados, voy a tener el gusto de referirme a unas pocas facetas y a mostrar algunas fotografías de la vida de Ricardo Blume, literalmente sustraídas de la intimidad familiar gracias a una discreta y perdonable conjura de Úrsula Freundt-Thurne, de la UPC, y Sylvia, la esposa de nuestro homenajeado.

Ricardo nace en 1933, al borde del mar. Aprende a caminar en la arena, lo que probablemente le ha servido mucho para superar las dificultades de la vida.

No sabe si ser agricultor o marino. Sus inquietudes, sin embargo, lo llevan por el camino de las letras. A los catorce años “descompone” su primera poesía, dedicada a su madre, fallecida un año antes.

Conserva la dicha de hurgar en su infancia con nostalgia, pero sin reparos ni temores. Según él mismo, tuvo “una infancia como de cuento. Una casa grande rodeada de jardín, con palmera, cipreses y un pino que sembramos todos juntos, los seis hermanos, una mañana”. Tiene un hogar, con “unos padres que se quieren, juegos y árboles para treparse en ellos y perros con nombres en inglés”.

Recuerda la playa y los paseos dominicales. Dice él que quienes nacen junto al viejo mar de Miraflores no sólo conocen de su fuerza, sus honduras y resacas, sino que quedan marcados de por vida. Y nos ha confiado en sus escritos que no sólo pertenece a ese mar, sino que lo necesita.

En el recuerdo de su madre y de las horas compartidas y sezonadas con disfraces coloridos, juveniles presentaciones y pretextos para actuar, se encuentra para el *Negro*, como lo llama Sylvia, su esposa, el origen de una de sus más importantes pasiones: el teatro. En todo caso, la función de circo, con carpa de impecables sábanas levantada en el

jardín de su casa, debe ser recordada como una de sus primeras grandes obras.

Goza de la importancia del barrio miraflores, el tranvía y los rieles, la Botica Francesa, un *tea room* en el pasaje Olaya y un lonche con película en el *Marrón* del portal de Botoneros de la Plaza de Armas.

Su primer trabajo está en el centro. Escribe para una revista y luego en *El Comercio*. De allí sale tarde, luego de cerrar la página. Esta época corre paralela a la de sus pininos teatrales en el inolvidable local de la *Asociación de Artistas Aficionados* (AAA), del Jirón Ica, lugar donde Ricardo ha pasado la mitad de su vida. Allí conoce a sus maestros, Bernardo Roca Rey y Luis Álvarez, con quienes establece una amistad como sólo ellos podrían trabar y cultivar. Este lugar, sin duda, es un silencioso testigo de sus planes y deseos, de sus temores y alegrías.

Viaja y vive en España desde 1956 hasta 1960, después de lo cual se casa con Sylvia del Río Málaga. En 1963 nace Sylvia y, en 1968, María. Viaja luego a México, donde vive de 1971 a 1980. Pasa después un período largo en el Perú, y en 1992 regresa a México, donde radica hasta el momento.

Gran escritor de cartas, observador minucioso y amante de la conversación y la lectura —que considera costumbre en vías de extinción—, Ricardo reconoce en el diálogo la manera civilizada de entenderse. Amante de lo cotidiano, cultor de la guitarra criolla, conocedor de canciones con letras antiguas e insólitas, fanático del orden y de los listados, ha encontrado en los textos de filosofía y en la música de Haydn extraordinarios compañeros de reflexión.

Como Romeo o El Pobre de *El Gran Teatro del Mundo* o el Hijo Pródigo, como Yepeto o Aladino o portero de escuela o Fernando de la Vega, Ricardo Blume teme a la mediocridad sobre todas las cosas. Al fin y al cabo, como se dice y se vive en el teatro “el texto es un pretexto”. En ese mundo de gente especial y entrañable, los actores, según el propio Ricardo, no son sino “niños grandes jugando ante los espectadores”.

Ricardo Blume tiene además una faceta intelectual que, a través de escritos impecables, muestra una entereza y una

integridad que contrastan definidamente con la cultura de la conformidad y el acomodo. Sus lectores, que tanto apreciamos y aguardamos sus artículos, leemos en sus palabras ideas y valores que sentimos como propios pero que no los podríamos expresar mejor que él.

Pues bien, queremos pedir a Ricardo Blume que nos permita agradecerle por todo ello. Por haber sido como ha sido y por ser como es. Y desearle muchos éxitos en cada uno de los días que ha de actuar, que ha de pensar, que ha de escribir, que ha de cantar y que ha de disfrutar. Confiamos en que sean muchos y muy largos, y tan fructíferos como hasta hoy lo han sido. Y recordarle que, en el Perú, en su país, en esa tierra que él ama y padece con las pasiones y los dolores de sus grandes hijos, hay un lugar que nadie sino él puede llenar y donde se le echa mucho de menos. Como el viejo mar de sus recuerdos, no sólo nos pertenece sino lo necesitamos.

Luis Peirano

Me ha tocado explicarle a Ricardo Blume, por honroso encargo de Luis Bustamante, Director General de la UPC, por qué es justo y conveniente que la Universidad le organice un homenaje, ahora que tiene sesenta y tres años de edad, cuarenta y cuatro como profesional del teatro, más de setenta obras de teatro realizadas, más de diez películas largometrajes, más de diez telenovelas y, sobre todo, una vastísima carrera de director y maestro.

He creído importante también explicarle que es mejor que le demos este homenaje cuando se encuentra en plena actividad y cuando acaba de recibir, por segunda vez, el premio al mejor actor, otorgado por las dos instituciones de críticos de México; que acaba de regresar del festival de teatro de Cádiz y la gente lo reconoce por las calles y lo aplaude en los aeropuertos.

Debo repetirle, finalmente, para que el sentido de esta reunión quede clara y transparente, que probablemente los más felices y gratificados con este homenaje seamos nosotros mismos. Desde hace mucho tiempo sabemos que en estas ocasiones usamos a quienes queremos bien para

hablar también de nuestras vidas y nuestro empeño colectivo por ser mejores en este proyecto común de hacer país, a pesar de todas las dificultades por las que pasa el Perú.

Amigo

Soy amigo de Ricardo Blume desde hace largos años. No sé cuántos en realidad, porque nuestra amistad se ha ido haciendo de manera imperceptible, poco a poco, a lo largo de más de treinta años, entretejida con diversas épocas y dimensiones del teatro.

Conocí a Ricardo primero como maestro en el año 1964; luego como actor-compañero de tablas en *El Hijo Pródigo* de Joseph de Valdivielso, el año 1969; como colega-productor en búsqueda de un teatro propio a su regreso al Perú el año 1980, poco antes de fundar ENSAYO; y finalmente, como actor, bajo mi dirección en *Emigrados* de Mrozeck el año 1986, y en *Yepeto* de Roberto Cossa el año 1990. De todos esos años juntos ha nacido una amistad entrañable, de esas que se tejen a lo largo y ancho de momentos cruciales de la vida.

Como toda amistad, la de Blume es inexplicable y gratuita, aunque tiene pues su razón de ser en la enorme deuda que tengo con él y en mi gratitud incondicional por todo lo que me enseñó y me sigue enseñando en el teatro.

Descubrir el teatro a través de Blume

Conocí a Blume cuando yo tenía diecisiete años y él acababa de llegar a los treinta y, como todo muchacho de esos que quería cambiar el mundo, yo tenía algunos *graffitis* en las paredes de mi vida interior. “No le creas a los de más de treinta”, rezaba un cartel en mi cuarto de trabajo, en mi casa de Barranco, y yo estaba dispuesto a no hacer ninguna excepción. Mucho menos con la gente de teatro, a quienes en realidad conocía solamente a través de los prejuicios y del ambiente protegido del colegio.

El encuentro con Blume, sin embargo, permitió uno de mis grandes descubrimientos al llegar a la Universidad. Debo aclarar que pocos, en realidad, le creían a Blume cuando llegó al local de la Plaza Francia de la Universidad

Católica para fundar el TUC. Entre otras cosas porque muchos, tal como lo ha recordado alguna vez Jorge Chiarella, lo conocíamos por su papel en un celebrado programa de televisión, *El Kid Cristal*, donde Blume había hecho el papel de muchacho pedante y antipático que amenazaba con pegarle a todo el mundo.

Pero la historia nos cuenta (porque debo aclarar que yo no fui de los primeros en llegar) que en muy poco tiempo Blume creó en todos sus primeros alumnos, los muchos que tuvimos la suerte de pasar por el Teatro de la Universidad Católica, una nueva imagen más real y completa de la profesión del actor encarnada en sí mismo.

Al hacerlo también fundó y estableció con la paciencia y solidez de un auténtico maestro de escuela, a lo largo de ocho años vitales para el teatro peruano, una propuesta de acción cultural para la vida universitaria en general.

Estoy seguro de que esto que yo les digo hoy con tanta certeza, a Blume le parecerá exagerado. Pero me alegra mucho pedirle en público que acepte su vocación y estirpe universitarias.

De las influencias en nuestra formación (y digo nuestra porque creo que interpreto el pensamiento de muchos que pasamos por el TUC), la de Blume es, sin lugar a dudas, una de las más importantes, porque no se limitó a la de un simple profesor de un curso cualquiera, comprometiéndose con nuestra formación como un verdadero maestro universitario. Sin duda alguna Blume fue, para quienes entre 1961 y 1968 estudiamos y trabajamos en el TUC, una poderosa influencia en nuestra formación cultural, literaria y artística. Fue también, y lo sigue siendo, un ejemplo por su actitud universitaria y ciudadana.

Teatro

Pero Luis Bustamante me ha pedido que hable de Blume como hombre de teatro, dejando sus otros aportes a la cultura del país a los amigos que me acompañan en la mesa. Voy a limitarme por esto a subrayar solamente algunos aspectos de la larga trayectoria de Blume como maestro de teatro.

Blume maestro

Más de cien (digo este número casi en una dimensión simbólica), muchos hombres y mujeres que llevan adelante el teatro peruano en las últimas décadas, pueden de alguna manera considerar a Blume como su maestro.

Esto no es accidental o formal. Algunos le llaman también “maestro” por respeto o cariño, o porque son alumnos de sus alumnos. Pero para muchos de nosotros el apelativo es más explícito y contundente que un título profesional o académico, y rebasa también la esfera del afecto.

Combinando la modestia y sencillez del artesano, a la manera de Michel de Ghelderode, con un rigor intelectual obsesivo e implacable. Blume labró en sus discípulos una conciencia y responsabilidad que desde el teatro se proyectó al conjunto de nuestra vida universitaria y profesional.

Muchos años después de su primer trabajo como maestro de escuela, al hacer un balance teatral de la década de los 80, en el número tres de la revista *Textos de Teatro Peruano* que impulsaba Hugo Salazar del Alcázar, yo mismo señalaba que “... la característica más saltante (del teatro peruano) es la pluralidad (...) y para entender este bosque primaveral, pero también espeso y en ocasiones oscuro que nos presenta el teatro peruano, es necesario señalar algunos troncos o árboles principales que nos permitan ubicarnos.

Intentando ubicar uno de esos árboles a principios de la década, conviene recordar que es en esta fecha, julio de 1980, que vuelve a Lima, luego de casi diez años de ausencia, el actor y director Ricardo Blume. En su debida proporción creo que éste, si bien es un hecho individual, aislado, subjetivo, (...) es también, sin lugar a dudas, un hecho para la historia de nuestro teatro. Blume vuelve en el mejor momento de su carrera profesional como actor, galardonado con los mejores premios que un hombre de teatro puede ganar en México, pero con la seguridad de que debe trabajar en su país. Su vuelta en esta fecha viene a cuenta para recordar que veinte años antes él había fundado una escuela, había sembrado un árbol, en el que se agrupa un considerable sector del teatro peruano: el Teatro

de la Universidad Católica. A partir del tronco grueso y largo en ramas que constituye el Teatro de la Universidad Católica puede rastrearse buena parte del teatro peruano actual. Durante los 60, Blume fue maestro de escuela con la solidez suficiente como para formar a algunos de los protagonistas principales del teatro de las décadas siguientes, incluida ésta que nos ocupa...”.

Una idea del teatro

Blume trajo al Teatro de la Universidad Católica una idea del teatro probada en la mejor raigambre del teatro clásico. Su trabajo con Ricardo Roca Rey y Luis Álvarez en el Perú, sus maestros y compañeros en la *Asociación de Artistas Aficionados (AAA)*, y luego sus estudios en la *Real y Superior Escuela de Arte Dramático* de Madrid que le permitieron una larga temporada profesional con Pequeño Teatro y la Compañía de Társila Criado, en toda España y Marruecos, nos aseguraron desde el principio un maestro con algo claro y concreto que transmitir.

Pero Blume insistió siempre, desde que lo conozco, que esto que él daba en ese momento en sus clases era el abecedario básico, las reglas y conocimientos fundamentales, la base del teatro, o como le gustaba decir con modestia y buen humor: “la retaguardia, para que luego puedan hacer ustedes bien la vanguardia”.

Como todo estudiante, yo sufrí mucho este aprendizaje básico que suponía enfrentar otra manera de hablar y de usar el cuerpo, una actitud que no admitía bostezos y que exigía mantenerse despierto y alerta. Pero los resultados estaban a la vista y cada año se mostraban al público y a la crítica con resultados cada vez mejores.

También la teoría

Blume combinaba sus clases prácticas de actuación con modestos pero seguros consejos de lectura de textos teóricos que apoyaban nuestro interés por el teatro y que hacía que superando el mero interés lúdico y externo discutiéramos el sentido mismo del teatro y sus posibilidades en nuestra realidad.

Los conceptos e ideas que él no podía dar, o creía que no podía dar más por modestia y por respeto exagerado a nuestra condición de estudiantes universitarios que porque desconociera la materia, los encomendaba a la lectura de textos clave que yo recuerdo no solamente para los estudios en el TUC, sino como textos y discusiones inspiradoras de las mejores monografías e intervenciones en mis clases de la Facultad de Letras y, años más tarde, también en la de Ciencias Sociales.

Escucha amigo de Louis Jouvét, o la propia *Historia del Teatro* de Silvia D'Amico, me permitieron las mejores conversaciones con Onorio Ferrero, otro de los grandes maestros del patio de Letras en la Plaza Francia. *La paradoja del comediante* de Diderot, por otro lado, fue a partir de los comentarios de Blume tan importante para mí como cualquiera de los textos de sociología que me dieron los profesores holandeses de la nueva Facultad de Ciencias Sociales. Quien quiera tender un puente entre la sociología y el teatro, encontrará mucho motivo de reflexión para esto que les digo.

Fundador de escuela

Blume fue pues fundador de una auténtica escuela, entendida ésta no solamente como el lugar donde se ofrece una capacitación específica, sino como un referente vital en el que se reproduce una cultura, una manera de hacer y de crear artísticamente.

La escuela es un punto de partida, un probado y riquísimo lugar de origen para la creación, pero no es, no debe ser en todo caso, y así lo entendió Blume, una atadura, un dogma. Esto explica por qué desde el TUC se han proyectado tendencias y resultados tan diversos.

Dignificar la profesión del actor

Pocas cosas estuvieron tan claras a nivel conceptual en la actitud de Blume como la imperiosa necesidad de dignificar la profesión del hombre de teatro en el Perú.

Recuerdo claramente sus primeras palabras cuando llegué a la escuela. "Nadie les pide que ustedes abandonen sus profesiones y sean actores profesionales. Pero ustedes

serán, mientras permanezcan en el TUC, actores bien formados, pensantes y con responsabilidad sobre lo que hacen. Y, luego serán: el mejor público, es decir la mejor garantía para el desarrollo del futuro teatro peruano”.

Blume insistía en propiciar en la escuela algo más que una técnica, incentivando permanentemente una ética en el teatro. Su objetivo era inculcar en nosotros la obligación de dignificar la profesión del actor. “Un actor debe saber pensar y exigir respeto en la sociedad a la que sirve”.

Temo mucho exagerar con la distancia las palabras del propio Blume, pero el sentido de su discurso sí lo tengo muy claro, porque llegaba en ocasiones a disentir con él en este campo. Blume no nos seducía para asumir el teatro como profesión. Había que ser un loco para eso. En todo caso era un camino peligroso para nuestra vida. Por eso, al principio nos comprometíamos —creo que incluso firmábamos un documento— a no descuidar nuestros estudios universitarios.

Debo confesar ahora que éste es uno de los aspectos que yo no repetí de Blume cuando asumí la Escuela de Teatro. Yo sí fui “Capitán Araña”. Como les decía muy convencido, con mis escasos veintitrés años, a mis alumnos cinco años más jóvenes que yo, entre los que estaban Coco Guerra, Edgar Saba, Juan Pedro Laurie, Ana Cecilia Natteri, Alicia Morales: “Hagan teatro, sean consecuentes. No sean como yo”. Secundaban este esfuerzo desenfadadamente en favor del teatro peruano otros locos, entre los que recuerdo muy especialmente a Marco Leclére, y otro, supuestamente más cuerdo, como Humberto Medrana.

El abecedario como sustento técnico

El abecedario fue la preocupación vital de Blume. La voz, la palabra maravillosa que identifica al humano y que empezó a ser la característica identificatoria de quienes habían pasado por el TUC. Los alumnos de Blume hablaban bien no solamente en el escenario. Aquél a quien se le entendía la letra del vals — “... para calmar la duda que tormentosa crece, acuérdate Hermelinda ...” — definitivamente ése era del TUC y había pasado por las clases de Blume.

Pasaba igual con el cuerpo aunque desde una perspectiva clásica.

Blume buscaba con la ayuda de las clases de esgrima de Salvatore Munda y las de danza, a veces a cargo de la propia Sylvia Blume, una maleabilidad, una flexibilidad y destreza, en búsqueda de una estética básica desde la cual empezar. No teníamos entonces los recursos para hacer un trabajo corporal como el que nos demandaban las nuevas tendencias del teatro. En el Festival de Teatro Universitario de Manizales del año 1968, por ejemplo, el jurado, aunque resultara increíble, no nos dio ningún premio: por tener un teatro muy centrado en la voz, en la palabra, y poco en el cuerpo y en la imagen. Pero de todos modos fuimos, como siempre con la batuta de Blume, el grupo más aclamado por el público y la crítica. El diario más importante de Manizales tituló en su primera página, en primera de primera, como dicen los periodistas: “¡Perú salvó el Festival!”.

La apertura a las nuevas tendencias

Para entonces, Blume ya era muy consciente de la necesidad de dar nuevos pasos y abrirse a las nuevas tendencias. Es por esto que a la par del elenco del TUC, que siempre consideró como el complemento indispensable de la escuela, empezó a desarrollar ciclos de lo que llamó “teatro íntimo” para foguear a nuevos directores. Allí dirigieron Mario Paseo, Alicia Sacco, Maggie Zúñiga, Jorge Chiarella.

El elenco del TUC propiciaba una incorporación progresiva a la práctica escénica. “Más se aprende en un mes de funciones que en todo un año de clases”, repetía Blume. Pero claro, siempre y cuando, digo ahora yo, exista un maestro que después de cada función entregara notas escritas pulcramente con indicaciones precisas para la siguiente función, algunas de las cuales merecían ensayos especiales.

El teatro peruano

Fiel a las palabras de Ricardo Roca Rey, Blume repitió siempre la necesidad de hacer teatro peruano. “Sólo se

podrá hablar de teatro peruano con autores peruanos constantemente representados”. Por esto el TUC estrenó y publicó las obras de Julio Ortega y Sarina Helfgott, abriendo toda una brecha que habríamos de continuar después.

El futuro que ya pasó

De la larga lista de proyectos y propuestas que Blume dejó al partir por primera vez hacia México, nos encargamos aquellos que trabajamos con él para mantener una obra que espera todavía más frutos.

Los encuentros como éste en las visitas que Blume hace estos años al Perú, no hacen sino reavivar el sentido de este compromiso al mismo tiempo que la enorme alegría de tenerlo entre nosotros.

Es por esta razón que quisiera terminar estas palabras volviendo a hablar de Blume como amigo y decir la única cosa que me callé al empezar, cuando explicaba las razones para rendirle un homenaje como el de hoy.

Al reunirnos hoy formalmente en este claustro universitario, no queremos solamente repetirle que es un gran hombre de teatro y un buen amigo, sino que queremos que vuelva, que trabaje aquí con nosotros, para beneficio del Perú y de quienes nos empeñamos en quererlo, como dice el vals que él sabe cantar muy bien: con alma, corazón y vida.

Gracias.

Alejandro Miró Quesada Garland

Se me ha solicitado que, en este justo homenaje a Ricardo Blume, trate sobre su brillante labor periodística. Nada podrá serme más grato. No sólo por la vieja amistad que nos une en el campo del arte, a través de la *Asociación de Artistas Aficionados (AAA)*, sino por ser testigo de excepción de su entrega al periodismo a través de sus crónicas semanales en *El Comercio* que mantiene desde el extranjero y que son reveladoras de su fino estilo de escritor.

Me referiré al respecto, a las declaraciones hechas recientemente por Ricardo en Lima, cuando dice “Si bien mi profesión es actor, mi vocación es ser escritor”. Es un bello dilema. ¿Es más actor que escritor o más escritor que actor? Difícil la respuesta. Tanto en el teatro como en el periodismo mantiene una ejemplar y brillante trayectoria. Aunque sé que prefiere, como autor, expresar su propio pensamiento que repetir el pensamiento de otros.

Pero hay estrechos vínculos entre ambas profesiones: las dos son medios de comunicación que viven del público y para el público. Esa es la razón del por qué Ricardo destaca en ambas esferas.

En el prólogo de su primer libro *Como cada jueves* basado en sus crónicas semanales que publicara en el decano, recuerda, generosamente, que él aprendió a ser escritor en *El Comercio*. En realidad su vena de escritor es innata. Su abuelo Federico Blume y Corbacho fue poeta y periodista e igualmente colaboró en *El Comercio*. La inquietud literaria de Ricardo lo llevó a escribir amenas crónicas que empiezan a publicarse regularmente desde 1981, en las que demuestra algo que muchos periodistas parecen olvidar: que se puede ganar el favor del público haciendo un periodismo noble, generoso, positivo y constructivo.

Lo que pasa es que hacer este tipo de periodismo es más fácil. ¡Qué fácil es denigrar, difamar, escandalizar o destruir! Todos podemos con mayor o menor trabajo, destruir un muro; pero qué pocos podemos construirlo. Qué fácil es atraer el interés del lector mediante la conocida fórmula llamada S.S. (sangre y sexo) o Porno-Morbo (pornografía y morbosidad). Qué fácil es recurrir al adjetivo para criticar, pero qué difícil sostener dicha crítica con adecuados sustantivos. El adjetivo es forma; el sustantivo, fondo.

¿Por qué hay quienes aplauden al periodismo destructivo? ¿No tenemos acaso en el Perú, desgraciadamente, muchas personas que se encargan de tan nefasta función? Afrontamos hoy en el país graves problemas y es obligación de un periodismo serio y honesto contribuir en forma positiva a solucionarlos.

Ricardo ha comprendido la necesidad de escribir exaltando todo lo que de bueno ofrece nuestra profesión. Recordando todos los beneficios que el periodismo brinda al ser humano, no solamente desde el punto de vista informativo, no exento de peligros y beneficios, sino también como orientación, entretenimiento y servicio.

No olvidemos que desde que nace la imprenta, el periodismo ha ido moldeando, en mayor o menor grado, la historia y nuestra existencia. Nuestras opiniones, nuestras reacciones están motivadas por lo que nos informan los medios de comunicación. Como no podemos ser testigos presenciales de lo que ocurre en el mundo, estamos obligados a opinar basándonos en la información que

dichos medios nos ofrecen, lo que en cierta forma, rige nuestras vidas.

Dice Ricardo que su libro *Como cada jueves*, publicado en 1988, “es una botella al mar que aspira a ser un reencuentro secreto, privado, casi clandestino, con ese lector ideal que uno quisiera tener”. Yo diría que, en su caso, sí ha arado fructuosamente en el mar, porque sus libros —publica un segundo al año siguiente titulado *Nada del otro jueves*— reúnen las condiciones esenciales del éxito: lo acertado del tema y la calidad del estilo.

Releyendo sus crónicas apreciamos estas características, así como su profundo sentido humano. No es mera casualidad que haya escogido como la primera de ellas la titulada *Ama a tu prójimo* en la que nos muestra su fina ironía al decir: “Nunca me ha convencido racionalmente eso de como a ti mismo. No me parece natural. Esta idea me rondaba la sesera cuando leí a alguien que me dijo (debió ser algún moderno traductor de la Biblia) que la verdadera traducción no era ‘como a ti mismo’ sino ‘porque es como tú’. Y claro, así sí lo entiendo”.

Su sentido espiritual de la vida lo revela en estas palabras de su artículo *Adopta un árbol* cuando dice: “Por fortuna, las mejores cosas en este mundo no se hacen con dinero, sino con mística, por convicción y por amor”.

Trata los más diversos temas, tal como en *Un país es su gente*, en el que aclara: “No somos de una raza homogénea, es cierto. Pero andamos ya varios siglos entremezclando sangres y culturas. Lo indígena ya no lo es ciento por ciento, tampoco somos europeos, africanos ni orientales. Somos algo distinto, único, diferente, que se llama Perú”.

Es interesante resaltar su crónica titulada *La solución somos todos*. No sólo por su fino humorismo (como aquella frase de un gobernante “Yo gobierno con la religión y el deporte: al que no comulga conmigo lo deporto”), sino, sobre todo, por el acierto político que demuestra cuando dice: “No vivamos quejándonos. No le echemos la culpa a los demás de todo lo que nos pasa”. “Para salir del atolladero en que andamos metidos creo en verdad que la solución somos todos”.

Su optimismo; bendito optimismo tan necesario para el hombre, porque la vida es lucha y si bajamos la guardia nos caen los golpes, se refleja en su crónica *No tire la esponja*. Vale la pena recordar algunos párrafos: “La horrible frase, sin salida y sin esperanza: ‘esto no lo arregla nadie’, está casi siempre a flor de labios cuando uno ve lo que ve, oye lo que oye y lee lo que lee”.

“Pero no hay más remedio que sobreponerse, apoyarse en las cuerdas de este ring de la vida nacional, sacar fuerza de flaqueza. tomar nuevos bríos, apretar la mandíbula y seguir la pelea”.

“Des-aliento es falta de aliento; aliento es respiración y respirar es vivir. Si mientras hay vida hay esperanza, mientras hay respiración hay vida. Desalentarse es morir”.

“El desaliento es una sensación moral, espiritual o del alma, como usted quiera. Por lo tanto, un hombre desalentado es un muerto moral”.

Largo sería referirnos al resto de sus enjundiosas crónicas, pero creo que los titulares de la mayoría de ellas que tratan diversos temas son suficientemente explicativos. Vemos: *El enemigo es la ignorancia, Los conflictivos, Hacer patria, Huachaféricas, Lecciones de la crisis, Un país es su gente, Sin esperanza no hay futuro, El encanallamiento, Un país en borrador, Credibilidad, Informalidad, Indignación, Arte y soledad, Usa tus puentes, La metáfora de las moscas, La generación sandwich, Un presente falsificado, La venda de la justicia* donde aclara que no se trata, pues, de que la ley sea ciega, en el sentido de minusvalía, oscuridad, sino de que simbolice la equidad; no se incline de un lado más que de otro y no se aplique en función de las personas. Sus crónicas revelan profundidad y humanismo como: *Terminar las cosas, En el cielo no hay petróleo, Los Mamani Vice, Pan con soledad, La palabra en libertad, Contra el desaliento, Cholo Holmes en Abancay, y Para salir del bache*, en la que reitera, una vez más, su fe y optimismo, al preguntarse “¿Estamos realmente en un callejón sin salida? Me niego a creerlo”, contesta. “No quiero aceptarlo. Si es cierto que la fe mueve montañas, apuesto por la fe a ojo cerrado”.

Dentro de la variedad de temas que recoge Blume en sus dos libros hay un denominador común: el ser humano. El autor no se limita a señalar sus defectos sino que muestra la manera de subsanarlos. No se queda en la queja sino que llega a la solución. No le cierra la puerta sino que le busca la salida. Y, todo ello, con amable consejo y no con mordaz incriminación. Ese es su estilo. De fino humorista y perspicaz observador.

Las crónicas de Blume sirven para probar, una vez más, que existe un género literario periodístico. Por ello yerran quienes obsesionados por la noticia, consideran que el periodismo no es un género literario. Bastaría citar los nombres de Camus, Hemingway o García Márquez, Premios Nobel de Literatura y famosos periodistas, para demostrar su error. Son por lo demás muchas las figuras en el campo literario que también han sobresalido en el periodismo, tales como Jean Francois Revel, Octavio Paz, Arturo Uslar Pietri, etc.

Es este género periodístico literario el que cultiva Ricardo Blume, con sencillez pero con profundidad, con ironía pero con seriedad, mas sobre todo con una permanente preocupación por el idioma. Como lo señala en su crónica *Devaluación de la palabra*, “Estamos cayendo por la pendiente de las grandes palabras, consiguiendo únicamente su oquedad, su pérdida de valor comunicativo. Y el peligro es que donde mueren las palabras se acaba el diálogo y empieza la violencia o la agresividad”. Blume demuestra su versatilidad con sus famosas “perlas” plenas de ironía en que critica el mal uso del idioma y parafraseando a Sócrates dice: “Dime cómo hablas y te diré quién eres”.

Me pregunto, ¿cuál es la razón del éxito de sus crónicas? Yo diría que no es sólo por los temas de actualidad que escoge, ni la cuidada redacción de éstas, sino por la invisible comunicación que establece con sus lectores. Ellos se deben a su experiencia en la comunicación social.

Ricardo ha vivido, permanentemente, dedicado a ella. Tanto en el periodismo como en el teatro, ya sea como excepcional actor o destacado director, siempre ha estado en contacto con el público. Por ello conoce la realidad

humana y por ello también sabe transmitir su mensaje, basado en su verdad y en lo que honestamente cree. Y cuando se es honesto y verdadero, el mensaje llega al corazón del lector.

En esta época de “científicos de la comunicación”, Blume nos muestra, asimismo, que el periodismo más que ciencia puede también ser un arte.

Lo comprobamos en esta impactante crónica titulada *He visto el corazón*. En ella relata su visión del corazón de un hombre abortado ante sus ojos a una distancia de treinta centímetros: “Una masa caliente y movediza de color entre anaranjado y rosa, palpitante todo el tiempo. Me pareció la encarnación más clara de la vida. Para detener sus movimientos tuvieron que cogerlo entre las manos y meterlo dentro de una especie de red.

Pero él seguía aleteando como un pez aprisionado. A veces la experiencia diaria me hace pensar que soy un animal cordial, un animal de corazón, porque este amigo entrañable que latirá conmigo mientras viva me impone casi siempre sus razones que no tienen nada que ver con la razón”.

Ese “amigo entrañable” no es sólo tuyo Ricardo sino de todos los que apreciamos lo que tu vida significa no sólo como periodista sino como arquetipo de ejemplo y modelo del ser humano.

Fernando de Szyszlo

Estamos aquí para rendir homenaje a una persona profundamente vinculada al teatro en el Perú. Bien sabemos que Ricardo Blume ha desarrollado otras actividades y que ellas han sido importantes. Pero creo que lo que ha guiado la vida de Ricardo Blume ha sido su vocación teatral, su amor por el teatro. Recordemos que inicia el ejercicio de esta vocación a los 19 años en la Academia de Arte Dramático de la *Asociación de Artistas Aficionados (AAA)* en 1952. Amor por el teatro que lo lleva luego a estudios de perfeccionamiento en Madrid y luego a trabajos como actor profesional en el mismo Madrid, en Barcelona y en Marruecos. De regreso en el Perú, en 1961, funda el Teatro de la Universidad Católica. Parte nuevamente a México, persiguiendo desarrollar su oficio, donde actúa en teatro, cine y televisión desde 1971. En 1980, nuevamente en Lima, se reincorpora al mundo de la dirección y la actuación en el teatro en nuestra ciudad.

Estamos, pues, confrontados con el currículum de un director y actor de teatro profesional que ha conocido el éxito, tanto en su país como internacionalmente. No creo

que haya ningún premio en el teatro peruano, tanto a la actuación como a la dirección, con que Ricardo Blume no haya sido distinguido. Y la lista de sus premios en México es interminable. Es una carrera sobresaliente con la que cualquier persona estaría satisfecha.

En América Latina, donde todo o casi todo está por hacerse, un intelectual se siente, en cierta manera, obligado no solamente a hacer su oficio de la mejor forma posible sino que al mismo tiempo está constreñido a participar activamente en la circunstancia que le ha tocado vivir, y en tratar de ayudar a que la sociedad a la que pertenece escoja los mejores caminos y enmiende, en lo posible, errores aun si éstos no pertenecen al ámbito de su oficio. Es esta situación la que coloca al director de teatro y actor Ricardo Blume en la necesidad de manifestarse y, ello se producirá invariablemente en la página Editorial de los días jueves del diario *El Comercio*.

Esta función de editorialista que propone una conducta, la cumple cabalmente, amonesta, encamina a sus —felizmente— numerosísimos lectores y en ella señala y manifiesta las frustraciones, irritaciones que muchas gentes de la mayoría silenciosa experimentamos a diario. (Como cuando oímos —por ejemplo— en la prensa escrita o hablada, palabrejas como “ofertar”, “aperturar”, “repcionar”, entre otras). Otras veces nos presenta semblanzas de personas, cada una a su manera, ejemplares como Joyce, Eleonora Duce, Lee Strasberg, Viruca Miró Quesada o Antonio Raimondi.

Estas crónicas que ya dos veces han sido reunidas en libros, *Como cada jueves* como se titula el primero y *Nada del otro Jueves* el segundo, muestran un talento periodístico muy singular pues son infaliblemente, repito, sentimientos y opiniones que muchas personas sienten que deben ser expresadas. En Blume coinciden esa mezcla de dos virtudes que rara vez están juntas: el talento y el sentido común. Eso hace que en su discurso muchos peruanos nos sintamos representados. Por intermedio de su columna de los jueves y a través de él, protestamos, criticamos y alabamos. Todo eso compromete, necesariamente, nuestro profundo agradecimiento.

Sin duda la función que cumple Blume en el periodismo es muy importante para nosotros y seguramente obedece en él a un impulso incontenido de protestar, de tratar de orientar, fundamentalmente de participar activamente en los problemas del grupo humano al que pertenece. Pero ni nosotros, ni mucho menos él, olvidamos que lo que le ha dado sentido a su vida y en donde él se ha realizado profundamente es el teatro.

Fuera de ser un aficionado entusiasta y un lector infatigable, mis opiniones sobre teatro son, tienen que ser, muy elementales. Estoy seguro de que cualquiera del distinguido grupo de personas que me acompaña en esta mesa tocará el tema de Ricardo Blume como actor y director de teatro con la profundidad e información que se merece, especialmente una persona como Luis Peirano a quien le debemos tantas inolvidables experiencias en materia de teatro.

Me parece por ello que podría hacer a propósito de Blume, hombre de teatro, algunas reflexiones que podrían ser pertinentes. Creo que hablando de Ricardo Blume tendríamos que comenzar por reconocer la intensidad de su vocación y la forma insobornable con que la ha perseguido. Y es preciso hacer notar porque es esa vocación la que lo ha llevado tantas veces a ausentarse físicamente de Lima. Y digo “físicamente” porque siempre hemos sentido, gracias principalmente a sus artículos semanales en *El Comercio*, que su preocupación y su interés estaban siempre cerca de nosotros.

Cuando Rilke le aconsejaba al joven poeta que examine dentro de sí hasta descubrir el móvil que le impele a escribir, que averigüe si ese impulso extiende sus raíces hasta lo más hondo de su corazón, y si siente que tendría que morir si no le fuera permitido escribir; luego le dice que si la respuesta es afirmativa, debe construir su vida de acuerdo con esa necesidad. “Cargue con ese destino —dice bellamente Rilke— y llévelo con su peso y su grandeza, sin preguntar nunca por el premio que puede venir de fuera”. Creo que la vida de Ricardo Blume es un testimonio inmejorable de esa afirmación: él ha construido su vida alrededor de esa compulsión por el teatro.

Me parece que esa respuesta afirmativa está en la base no solamente de la vocación del poeta sino de toda vocación. Nada es sencillo en este terreno y todo es misterioso. La palabra “vocación”, aun etimológicamente, es sinónimo de llamado y la misma palabra “llamado” implica alguien que es llamado pero también alguien que llama: Dios, el destino, “el poder que oculto en nuestro daño impera” de que hablaba el poeta Leopardi. Se le puede nombrar como uno quiera, y cada quien de acuerdo con su manera de pensar. Todo el que haya sufrido y gozado su dominio, lo sabe.

Sin duda que escribir la vocación no es siempre tan espectacular como lo que le sucedió a Saulo en el camino de Damasco. Pero es indudable que cada uno de nosotros debe en un momento elegir la manera de vivir que nos permitirá realizarnos. El arte no es un oficio, es una manera de vivir, una manera de responder a esa oferta plural y maravillosa que es la vida, tomando el camino en el que sentimos que cumplimos con una inclinación, con una llamado al que no podemos, ni queremos, resistir.

Estamos aquí reunidos para rendir un homenaje de admiración, de agradecimiento y de afecto a una persona que nunca buscó reconocimiento ni privilegio sino simplemente caminar hacia la meta que había elegido sin ningún otro propósito que tratar de alcanzarla y sin quererlo, enriquecer de paso a todos los que tuvimos el privilegio de compartir su camino.

Jorge Santistevan de Noriega

Al haber sido invitado a unirme a un homenaje a Ricardo Blume, mi maestro y amigo, me veo obligado a sumergirme en el baúl de los recuerdos. Lo hago con la libertad de escoger temas cercanos a mi actual dedicación, pues otras personas más autorizadas se ocupan en esta noche de su relación con el arte y con el periodismo.

Me ubico, para comenzar, al inicio del año 1962, en la Católica que Ricardo y yo compartimos: en la Plaza Francia, el jirón Camaná, la casa de Riva Agüero (en Lártiga), el jirón Ica con la *Asociación de Artistas Aficionados (AAA)* y el Teatro Municipal en la misma cuadra. Tiempos idos, recuerdos guardados y muchas lecciones aprendidas.

Conocer al Ricardo de carne y hueso (a colores, pues en ese tiempo la TV y los diarios eran sólo en blanco y negro) fue sorprendente y grato para un joven universitario como yo. En poco tiempo me convertí en miembro activo del TUC, el Teatro de la Universidad Católica que acababa de fundarse, y en asiduo visitante de la *Asociación de Artistas Aficionados (AAA)* donde fui también acogido por los grandes de la escena de ese tiempo (Don Ricardo Roca Rey,

Lucho Álvarez y Pablo Fernández por mencionar solamente a tres). Ello me permitió cercanía al arte, roce con la literatura (que nunca me atreví a perpetrar ni siquiera en anónimos poemas de amor) y —de modo muy significativo— escuela de sentido común y virtudes ciudadanas.

En mis varios años del TUC aprendí más, mucho más en verdad, sobre la vida que sobre las técnicas de actuación o dirección teatral en las que fui alumno esforzado aunque con logros modestos. Me consuela, con respecto a las tablas, la convicción de haber sembrado con éxito algunas vocaciones amicales, y aun familiares. Se trata felizmente de gente con más persistencia que yo, que ha tomado el teatro y el drama como quehacer humano en el que vienen dejando huella.

¿Cómo es que aprendí de la vida y de virtudes ciudadanas? En el TUC y con Blume como nuestro maestro aprendí algunas cosas que hoy quisiera ser capaz de transmitir a mis colaboradores y a mis hijos. Enumero las principales:

Arte y bohemia

Se me enseñó a distinguir el arte de la bohemia (en la que —dicho sea de paso— mi padre temía que naufragara irremediablemente). Así, mi primer sentido de puntualidad (que es la manera más elemental de ser responsable) lo desarrollé con Ricardo, superando en buena parte el desastre nacional de la “hora peruana” y la media hora de tolerancia judicial. Esta última trataron de imponérmela la práctica en los juzgados y escribanías de aquel tiempo, en que un diligente practicante como yo compartía las clases de Derecho en las mañanas, con los trámites y procedimientos por las tardes y los ensayos o las funciones de teatro por las noches.

Honestidad sin remilgos

Al introducirme en la magia del teatro —donde, por virtud de la ficción, las santas mentiras pueden convertirse en las peores verdades— aprendí que la honestidad no puede

tener ni remilgos ni reveses, porque en el teatro y en la vida estos se notan y devalúan nuestras acciones.

Calidad total

Una lección recogí para siempre: la importancia del rigor en la preparación, el cuidado del detalle y la valoración del trabajo de cada quien en el esfuerzo en común. Sin alusiones personales —decía Ricardo—, no hay papeles grandes ni pequeños sino actores grandes o pequeños en cualquier papel. En el TUC de Blume (el único que conocí, por cierto) llegamos a ser un equipo esforzado, afiliado y comprometido con los resultados significativos que logramos, sin falsa modestia, “por amor al arte”. Eso mismo fue tratado y lo trato de lograr en actividades de otro orden en las que con alguna sorpresa me viene conduciendo la vida. He descubierto ahora que en estos sencillos principios del trabajo eficiente en común radica el abecé de la calidad total que mueve la gerencia moderna en empresas e instituciones.

Mis honorarios en dólares

No perdí el tiempo —como pretendió reprocharme mi hermano mayor— en mis actividades teatrales. La interpretación de textos y la buena dicción lograda me favorecieron a fines de los 60 cuando en Nueva York —ya sin papá ni mamá a la mano— tuve que salir de mis limitaciones de estudiante pobre en la Facultad de Derecho de *New York University* dedicándome en mis pocas horas libres a algún cachuelo rentable. Dejé felizmente de ser fugaz mozo en los cafés del *Greenwich Village* y transitorio aprendiz de traductor nocturno de interminables documentos legales, cuando fui admitido —sin dudas ni murmuraciones— como *speaker* para grabar los discos (ni siquiera eran *cassettes*) de un método revolucionario para que los gringos pudieran aprender español en treinta lecciones. Sin querer queriendo, las lecciones de Ricardo me permitieron mis primeros (y en ese tiempo jugosos) honorarios de quince dólares por hora.

La palabra y la escritura

Comencé a apreciar la palabra. No solamente su sonido (en el empeño que nos impuso Ricardo por la dicción perfecta) sino su valor y su sentido. Y con ella la transparencia en la escritura que permite la transmisión más directa y sencilla del pensamiento. Confieso que en este tema del lenguaje lo absorbido de Blume fue el complemento perfecto de la cátedra que recibí de Luis Jaime Cisneros. Me apoyé además en la escuela ("la escolita" le decía don Pedro Beltrán) que significó mis cuatro años de participación periodística semanal en el dominical de *La Prensa*, (*7 Días del Perú y del Mundo*), que dirigió Elsa Arana Freire, años que en buena medida fueron coincidentes con mi participación en el TUC.

El kindergarten de la ética

Recogí además del ejemplo de Ricardo, de sus lecciones y de los aleccionadores artículos periodísticos que puntualmente publica en *El Comercio*, el sentido de ciudadano independiente, demócrata y responsable que reclama el Perú de hoy y de siempre. Participé en lo que él modestamente llama el *kindergarten* de la ética. En esto precisamente —y quizá Ricardo no lo sepa— Blume ha seguido siendo mi maestro a pesar de la larga ausencia mía del Perú entre 1975 y 1991. Felizmente mi gente cercana supo remediar mi alejamiento con los recortes de diarios que semanalmente me enviaban, incluyendo irremediable y pacientemente los suyos.

Convertidos estos artículos en sendos libros (*Como cada jueves* y *Nada del otro jueves*) las recopilaciones publicadas por Blume nos permiten destacar lo que hoy constituye la esencia de mi trabajo, la reclamación justificada por los derechos ciudadanos más elementales: el rechazo al abuso y la prepotencia de la autoridad; el develamiento de todas las formas cotidianas de deshonestidad; la responsabilidad compartida frente a las distintas modalidades de corrupción; y el deslinde con la tradicional viveza criolla.

Todo ello, además, sin que falte una pizca de humor, salpicado con la mordacidad que alivia la impotencia y con la machaconería irremediable para construir —yo estoy comprometido en ello— una cultura de deberes y derechos

que parta de lo que por obvio nos parece nimio: las reglas de tránsito, por ejemplo, cuyo incumplimiento sigue siendo el mejor monumento a las limitaciones de los peruanos para convivir con las reglas de juego universalmente aceptadas, como sustento de la palabra empeñada y del cumplimiento de los compromisos contraídos.

Al maestro con cariño

Por los recuerdos desentrañados en esta noche excepcional y por el recuerdo del testimonio de enriquecedoras lecciones aprendidas, no solamente por mí sino por todos los que las hemos recibido, creo que ha valido la pena hacer un paréntesis en las preocupaciones que compartimos todos por el destino de los rehenes tomados en la Residencia del Embajador de Japón. Con la convicción de que este episodio se encuentra encaminado hacia una solución pacífica, encuentro propicio hacerlo en este reconocimiento a un hombre de diálogo y no violencia como Ricardo Blume; a un amigo y sobre todo a un maestro en este poco lucrativo, pero altamente estimulante, arte de hacer ciudadanía y construir democracia.

Ricardo Blume

He tenido toda la noche la sensación de que estaban hablando de otro. Estoy abrumado —o “ablumado”— por las presuntas virtudes o méritos que se me atribuyen tan generosamente. Podría decir como aquel “me siento muy emocionado, y muy emocionado me siento”, y así nos vamos todos. Pero, aunque no soy universitario ni científico, sí soy peruano y muy aplicadito. Así es que, suponiendo que iban a hablar bien de mí (no tan bien, la verdad), preparé unas líneas que paso a leerles, agradeciendo antes la presencia de todos ustedes.

Puesto ya el pie en el estribo o en la escalerilla del avión que me llevará de regreso a México, que para el caso es lo mismo, nada podía alegrarme y conmoverme más que este homenaje que ha tenido a bien propinarme la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas por iniciativa de su Director General, Luis Bustamante Belaunde, y por intermedio de ustedes, personas a las que tanto admiro y quiero tanto. No de otra manera me explico este acto, que mucho me honra y me gratifica, que como una muestra de la generosidad de todos ustedes, porque aquí —valgan verdades— valen mucho más los homenajeados que el homenajeado.

Agradezco profundamente a la UPC, a Luis Bustamante Belaunde —casi me has hecho llorar—, que lleva en sus apellidos los de los presidentes peruanos de este siglo a quienes más admiro —de raza le viene al galgo—, que se ha tomado el trabajo de organizarme esta fiesta peruana de la cultura y del espíritu, para que me vaya reconfortado, pero con más nostalgia y extrañando mucho más que nunca. Aunque justo es decir que en México me tratan espléndidamente y nunca me han hecho sentir ni me he sentido extranjero, sino uno más y como en casa.

Agradezco también a la OXY por su discreta participación en este acto. Nunca olvidaré que gracias a su aporte se hizo posible la publicación de mi primer libro. (Estoy lleno de gracias esta noche, como el Ave María).

Agradezco igualmente a Alejandro Miró Quesada Garland, querido Jan, que corrió el riesgo de abrirme la página editorial de *El Comercio* para que perpetrara mis primeras crónicas cuando yo tenía veintitrés años y que aún me aguanta cada jueves desde hace ya quince años. Nuestra amistad conserva el estilo y el espíritu de esa *Asociación de Artistas aficionados* que él fundó y fue mi madre nutricia, mi *alma mater*, para decirlo no sé si académica o huachafamente, pero con toda propiedad. Maestro del arte y del periodismo como la más noble de las profesiones, Alejandro es uno de los pilares de mi vida en el arte y en ese intento de servir al país a través del deslumbrante poder de las palabras escritas con honradez y decencia.

Mi agradecimiento cordial, de todo corazón, a Fernando de Szyszlo por sus palabras desde ese otro lado del quehacer artístico, donde es tan admirado y admirable. Me honra sobremanera que nuestro mayor exponente de la pintura, intelectual y culto al mismo tiempo, haya aceptado participar en este acto con tan generosas palabras. Su sola presencia es para mí un homenaje.

Y he dejado para el final a Jorge Santistevan y a Luis Peirano, no por la edad, que el mérito y la edad nada tienen que ver y además ya no son tan jovencitos, sino porque a ellos los considero en cierta forma, arbitraria pero orgullosa forma, como partes de mí. En un momento ya

remoto de nuestras vidas fueron mis alumnos de las primeras letras teatrales y me honraría muchísimo creer que de algo servía en aquella época, en sus primeros contactos vivos con el arte del teatro que tanto humaniza a las personas.

De allí ambos despegaron, cada cual por su cuenta, superando ampliamente a ese viejo y cándido maestro de *kindergarten* teatral, que creía entonces, y sigue creyendo ahora a pesar de los pesares, que todo se puede en el Perú y que la materia prima humana en nuestra tierra es de primerísima calidad para la creación artística si se le encauza convenientemente. Pero en el Perú, como decía mi abuelo Federico, hay que educar a mansalva.

Ambos son, por sobre todas las cosas, mis amigos del alma y sólo eso puede explicar sus generosas palabras. Mi amigo el Defensor del Pueblo y mi amigo el rehén han dado muestras en los últimos tiempos del buen material humano del que están hechos. Por eso yo quisiera, con la venia de Alejandro y de Fernando, de la Universidad y de la sala, revertir en cierta forma este acto que tanto me honra. Ellos, y no yo, merecen este homenaje que yo agradezco en su nombre y en el mío. Muchas gracias.

Recientes publicaciones de Editorial UPC

2017

Restrepo, Javier Darío

El futuro del periodismo

Valdivia Pareja, Álvaro

Retos clínicos y sociales del suicidólogo. Casos, ejercicios e historias para enfrentar el desafío profesional

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas – ANDA

Mejores prácticas de marketing en el Perú. Una selección de casos ganadores del Premio ANDA 2017

Álvarez Cáceres, Luis

La Catedral del Criollismo. Guardia Vieja del siglo XXI

Calero, Joel

La última tarde. Guion cinematográfico

Galagarza, Brenda y Seclén, Eloy

La primera cita. Guía para el registro de referencias y citación en textos académicos

Editorial UPC

Manual de estilo de la Editorial UPC

Loyola Angeles, Fernando

Diseña tu carrera. Una guía para aprovechar las oportunidades del mercado laboral

Luna García, Rosa y Monteagudo Medina, Mary Ann

Diccionario para profesionales de la traducción. Terminología básica que todo traductor debe aprender

Chu Rubio, Manuel

Mis finanzas personales. Tercera edición

Sánchez Benavides, Oscar (comp.)
*La inevitable globalización. Enfoque cultural y económico del
escenario mundial*

Mangelinckx, Jérôme
Lucha contra las drogas en el Perú: una batalla perdida

Biondi Shaw, Juan y Zapata Saldaña, Eduardo
*Nómades electronales. Lo que dicen las escrituras de los
jóvenes: había que echarse a andar nuevamente*

Merino Amand, Francisco
*Ética para la función pública. De la indiferencia al
reconocimiento*

Encuentre más publicaciones de Editorial UPC,
en versión impresa y digital, ingresando a:
editorial.upc.edu.pe

Visite la página de Facebook Editorial UPC:
www.facebook.com/editorialUPC